
NOTAS SOBRE LA ARQUITECTURA DE GUZMAN Y FERNANDEZ CASTRO

Creo que el término "arquitectura de consumo" no encierra dentro de sí ningún sentido peyorativo. Sólo una consideración de la arquitectura como hecho exclusivamente cultural puede poner en marcha el viejo mecanismo por el que algunas almas sensibles rechazan cualquier manifestación artística de carácter masivo. Pero desde el momento en que se admite que la arquitectura puede asumir a diversos niveles funciones tales como "servicio público" o "comunicación", es evidente que en dicho término no va implicado necesariamente un juicio de calidad y que la disyuntiva *arquitectura experimental - arquitectura de consumo* no es sino uno de tantos falsos dilemas como se proponen a nuestra profesión, fácilmente superables por medio de un criterio integrador que atiende a aquello que ambas actividades tienen de complementario y aun de imprescindible la una para con la otra.

Manuel Guzmán Folgueras y Alfonso Fernández Castro llevan ocho años de ejercicio de la profesión, seis de ellos como arquitectos municipales de San Fernando de Cádiz. Decir que "hacen" arquitectura de consumo creo que tendrá la virtud de invitar al lector habitual de revistas especializadas a que acomode la graduación de sus lentes. Quiero decir con ello que, al margen de las excelencias de tipo intelectual que puedan encontrarse en la obra de estos arquitectos, existe un hecho fundamental: su enfoque hacia la calle, su aceptación de las reglas del sistema; mejor aún, su inmersión en el sistema desde su doble aspecto de arquitectos particulares y públicos. Guzmán y Fernández Castro ni han llorado sobre una vocación más o menos deteriorada por el choque con la realidad ni se han limitado a ejercer una actividad singularmente alimenticia. Han asumido su papel de una manera lúcida, consciente, como un servicio inmediato que no se puede rehuir. De esta forma, en un plano que podemos considerar ético, de "voluntad de servicio", la sociedad, en su forma más concreta, queda definida como el único destinatario de su obra.

En el plano cultural, la relación se hace más complicada. Así, frente a la utilización masiva de un lenguaje convencional, trivialización de unas formas que ya han perdido su significado, si es que alguna vez lo tuvieron, pero que la sociedad impone como norma estereotipada, ellos han planteado su "opción culta" (ilustrada tal vez sería más exacto) mediante el empleo de unos elementos elaborados, inteligentes, en muchos casos originales; en otros, clara e inmediatamente influidos por modelos internacionales. La sombra de Louis Khan planea sobre la plaza de la Lonja, de San Fernando, y Moshe Safdie puede estar presente en unas viviendas de renta limitada. No existe ninguna intención popu-

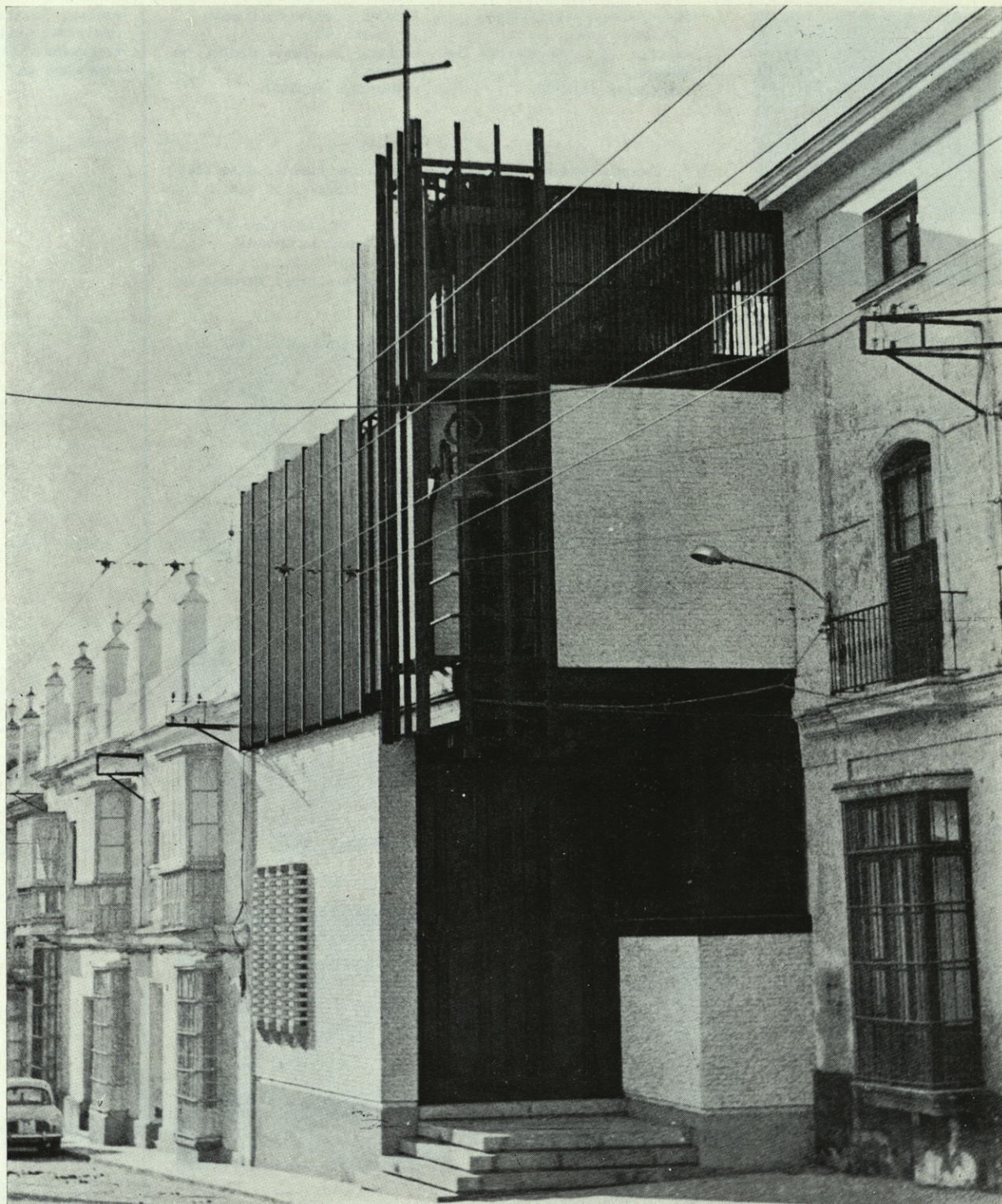
larista en estas formas, que se desarrollan a nivel de masas con un acusado sentido didáctico.

Es así como se establecen en una misma obra dos planos absolutamente diferenciados: uno primario, de adecuación a unas realidades de todo tipo, pero principalmente socioeconómicas, lo que en la práctica se traduce en una cuidadosa estimación de necesidades y posibilidades; y otro posterior, en el que éstas son superadas y la noción de servicio es trascendida culturalmente por el empleo de un lenguaje que es esencialmente aristocrático, puesto que su comprensión no va destinada a la mayoría, pero que al tiempo se procura que sea lo suficientemente ambiguo como para dar satisfacción y aun ilustrar a unos y otros y posibilitar así su realización. La práctica de esta postura tiene mucho de baile en la cuerda floja, pero ¿acaso en ella no se resume el drama del arquitecto actual, el hombre al que durante una década se prepara para que sea "el último humanista sobre la tierra", a condición de que sólo lo recuerde la media hora diaria que se sienta delante del tablero?

Todos los demás aspectos particulares de la obra de Guzmán y Fernández Castro quedan subordinados, en mi opinión, al rigor con que ha sido abordado este problema de carácter general. Así, si antes nos referíamos a una premeditada ambigüedad lingüística, se comprende que ésta será más asequible si se renuncia de antemano a un sistema rígido de composición, dando paso a cierto pluralismo formal. Es éste un aspecto que para muchos constituirá un factor negativo. Sin embargo, el que antes se pudiera citar a Khan y Safdie, como el que ahora recordemos a Stirling, Coderch u Oiza, no autoriza a pensar en un eclecticismo desbocado que reduzca las obras maestras a simples elementos de consumo.

Un examen profundo revelará que las abundantes referencias a otras arquitecturas han sido sometidas a un laborioso proceso de integración y aun de recreación dentro del contexto general. No podemos olvidar que nos encontramos ante una obra cuya coherencia es más subterránea que superficial, más conceptual que formalista, que aflora más en un carácter que en un estilo epidérmico. El polimorfismo de partida pronto se ve restringido por el sentido unívoco con que son manejados los elementos, por el empleo de un reducidísimo número de materiales, todos ellos de vocación "brutalista" y, sobre todo, por la ausencia del material brillante o del detalle espectacularmente resuelto en beneficio exclusivo del énfasis más o menos violento del propio edificio.

Este carácter riguroso, verdadero cordón umbilical entre las di-



CAPILLA DEL CARMEN.

versas experiencias formales, no se quiebra ni siquiera ante el encuentro con la arquitectura andaluza, ocasión propicia para mimetizar en versión moderna una serie de lugares comunes. El hecho es que, después de una breve etapa de tanteo (en la que hay que destacar una fugaz interpretación de elementos locales, como en el caso de la capilla del Carmen o del característico "Cierro"), no se puede considerar, a efectos sistematizadores, la existencia de una dualidad Madrid-Cádiz. Si acaso se puede apuntar que la obra andaluza, por las condiciones en que se desarrolla, es susceptible de alcanzar una mayor libertad creadora, y la prueba

de ello está en que los proyectos más evolucionados que presentamos son los de la calle Colón, de San Fernando, y la avenida de Cádiz.

Ocho años de ejercicio de la arquitectura apenas pueden considerarse como una primera etapa sobre sí en su planteamiento quedan excluidas las piruetas y malabarismos. Huelgan, por tanto, las conclusiones, los comentarios; en suma, la retórica con aire de traca final. Sólo unos puntos suspensivos que el tiempo se encargará de llenar...

EDUARDO AMANN